



MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

DECENARIO AL ESPÍRITU SANTO (DÍA 7º)

Link a YouTube <https://www.youtube.com/watch?v=Ct2wdiZatMw>

(Transcripción aproximada del audio)

Séptimo día del Decenario al Espíritu Santo, en el que continuamos el comentario de la secuencia de Pentecostés, del himno de *Veni, Sancte Spiritus*. Continúa diciendo: “*Riega la tierra en sequía, sana el corazón enfermo, lava las manchas*”. Me fijo especialmente en esa imagen del Espíritu Santo como agua: *riega la tierra en sequía*. Son distintas las imágenes tomadas de la naturaleza con las que se describen al Espíritu Santo: fuego, viento, luz, unción, paloma, agua. El agua es quizás una de las imágenes principales con las que se ha descrito al Espíritu Santo. Resulta curioso que se le describa con imágenes de la Creación, dado que Él es el Creador; viene a ser descrito desde las imágenes de las criaturas.

San Agustín resalta que Dios se ha revelado de dos modos: a través de la Creación y a través de la Biblia. Son como dos libros. La cita de San Agustín es la siguiente: “*Que sea tu libro la Sagrada Escritura que has de escuchar, y que sea tu libro el universo que has de observar*”. Son dos libros, obviamente, que no están separados, pues, de hecho, la Sagrada Escritura nos recuerda que ese otro libro del universo fue creado por el Todopoderoso. Aún más, la Sagrada Escritura utiliza, como hemos dicho ahora, muchas imágenes de ese libro de la naturaleza, de ese libro del universo para hablar de Dios. Por ejemplo, utiliza la imagen del agua como un signo que nos introduce en el misterio de Dios. El agua es un signo especialmente intuitivo para adentrarnos en dicho misterio.

Recordamos textos en los que Jesús ante el mundo gritó, no solo dijo, sino que gritó: “*Si alguno tiene sed, que venga y beba de mí. De lo más profundo de él brotarán ríos de agua viva*”. Jesús ha gritado ante el mundo que bebamos de Él, que bebamos de su corazón, de ese corazón del que brotó sangre y agua. La tradición cristiana sin duda alguna vio en ese agua que brotaba del corazón de Cristo la imagen del Espíritu Santo. Luego, ¿cómo podemos menos de recordar también ese grito de Jesús en la cruz, en el momento de su muerte?: “*Tengo sed*”. ¿De qué tiene sed Jesús? Tiene sed de la respuesta de los hombres, tiene sed de amor, tiene sed del Espíritu Santo. El mundo entero, la Creación entera tiene sed del Espíritu. Cuando nos sentimos insatisfechos, cuando no sabemos exactamente cuáles son los orígenes de las carencias que percibimos, no somos capaces de identificarnos con esa actitud, quizás tenemos que descubrir que detrás de esas insatisfacciones, detrás de ese deseo de plenitud no claramente identificado, tenemos sed del Espíritu Santo. Toda la Creación gime y tiene sed del Espíritu Santo.

Hoy en día somos especialmente sensibles (estamos en el aniversario de la encíclica *Laudato si*) hacia el fenómeno de la desertización del mundo por influjo, en buena medida, del cambio climático. Es un drama la progresiva desertización de muchos

lugares de la tierra, pero todavía especialmente más pernicioso la desertización de los corazones, de la cual la desertificación de la naturaleza es una imagen.

El hecho de que por el influjo de un mundo que ha dado su espalda a Dios, el Hombre, que ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, en la medida que se ha ido alejando de Dios, se ha ido produciendo en su corazón un progresivo vaciamiento, desertización. Nuestra alma está ahí, llamada a ser un vergel y, sin embargo, no se puede estar convirtiendo por influjo de un mundo y de una cultura sin Dios, en un desierto. Suena con especial fuerza el texto de Ezequiel, capítulo 36, como una gran promesa en nuestro contexto de desertización, de desierto espiritual: *“Derramaré sobre vosotros un agua pura que os purificará de todas vuestras inmundicias e idolatrías; os he de purificar y os daré un corazón nuevo, y os infundiré un espíritu nuevo. Arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne”*.

La imagen del agua pura se convierta en aquella capaz de hacer esta transformación de los corazones. Lo curioso es que es una imagen, la del Espíritu Santo, la que brotó del corazón de Cristo, el agua pura que brotó del corazón de Cristo, la que es capaz de purificar nuestros corazones.

El Espíritu Santo es el que formó en las entrañas de la Virgen María el corazón de Jesús, la humanidad de Jesús. Fue el corazón de Cristo, ya adulto, el que en la cruz, con la lanza traspasado, se transformó en la fuente de la que brotó el Espíritu Santo. Y ahora es el Espíritu Santo el que en nosotros hará el milagro de transformar nuestro corazón a imagen del corazón de Jesús; así se cierra el ciclo. Os lo repito: el Espíritu Santo formó en las entrañas de María el corazón de Jesús; más tarde, el corazón de Jesús se convirtió en fuente desde la que brotó el agua, imagen del Espíritu Santo; y ese Espíritu Santo es el que forma en nosotros la imagen del corazón de Jesús. Somos nosotros, cada uno de nosotros somos la samaritana, que tiene sed del Espíritu Santo, de la que no somos conscientes. Q

¡Qué gracia tan grande es que identifiquemos, que pongamos nombre a nuestra sed! Tener sed y no ser exactamente consciente de qué me está pasando, de qué es lo que necesito, es un drama. En eso está una gran parte del mundo y de nuestros hermanos: una profunda insatisfacción que, sin embargo, no posee la capacidad de ser detectada, de ser diagnosticada. Sí, nuestra sed es del Espíritu Santo, sed de Agua Viva, sed de un agua que solamente puede brotar del don del Espíritu.

El agua es muy humilde, siempre baja, nunca sube, siempre corre de arriba hacia abajo; y cuando baja, siempre se complace en visitar al que está más abajo, al que está más vacío, al que está en una situación más postrada. Sí, es la imagen de la misericordia de Dios que derrama su agua a los que estamos más abajo, de modo que termina finalmente llegándonos y empapándonos. Dice san Francisco de Asís en ese *Cántico de las criaturas*: *“Lado seas por la hermana agua, que es útil, casta, humilde”*. Útil, casta, humilde.

El Espíritu Santo es útil, casto, humilde. Fijaros con qué imágenes se habla del agua, imagen del Espíritu Santo. Útil porque viene a nuestra situación concreta, a nuestro desierto personal, a nuestra tierra, a nuestra situación de sequía máxima; es capaz de entrar en nuestra situación concreta, en nuestros problemas concretos y fácticos, logrando el don de que surja vida allí donde parece que el desierto había terminado con toda esperanza de vida. Por ello es útil, es práctico, entra en nuestra vida diaria. Y

es humilde: Dios es humilde haciéndose compañero de camino de los que más le necesitamos. Es el agua que baja, desciende y no retorna arriba sino después de habernos transformado, haber elevado nuestros corazones a Dios.

Así pues, te animo a que te unas conmigo en esta oración de la secuencia de Pentecostés:

Ven, Espíritu divino, manda tu luz desde el cielo. Padre amoroso del pobre, Don en tus dones espléndido, Luz que penetra a las almas, Fuente del mayor consuelo. Ven, dulce huésped del alma, descanso de nuestro esfuerzo, tregua en el duro trabajo, brisa en las horas de fuego, gozo que enjuga las lágrimas y reconforta en los duelos. Entra hasta el fondo del alma, divina Luz, y enriquécenos. Mira el vacío del Hombre si tú le faltas por dentro; mira el poder del pecado cuando no envías tu aliento. Riega la tierra en sequía, sana el corazón enfermo, lava las manchas, infunde calor de vida en el hielo, doma el espíritu indómito, guía el que tuerce el sendero. Reparte tus siete dones según la fe de tus siervos; por tu bondad y tu gracia dale al esfuerzo su mérito, salva al que busca salvarse y danos tu gozo eterno. Amén.